

Historia e historiografía de la cultura en la época de la Independencia.

Una entrevista con Eric Van Young

Alfredo Ávila*

Eric Van Young es uno de los historiadores anglófonos (un término usado por él) que ha hecho importantes aportaciones para la comprensión de nuestra historia. En septiembre de 2006, por invitación de Marta Terán, tuve la oportunidad de charlar con él en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, so pretexto de la reciente traducción de *La otra rebelión* (México, FCE, 2006), un libro trascendente acerca del comportamiento de los pueblos, los campesinos y los indígenas en el movimiento insurgente iniciado en 1810.

Eric Van Young inició su trayectoria profesional como un académico dedicado a la “historia dura”, a la economía y la formación de los mercados en la región de Guadalajara en el siglo XVIII. Poco después se interesó en la historia de los pueblos y las razones y sinrazones por las cuales algunos de ellos decidieron apoyar una rebelión a comienzos del siglo XIX. Esto lo condujo a la historia cultural del movimiento de Independencia. Sin embargo, su trabajo no se detiene ahí. Interesado en el más importante historiador de la Independencia en el siglo XIX, Lucas Alamán, ha decidido escribir su biografía, con la que da un nuevo paso, en esta ocasión a la historia política de las primeras y difíciles

décadas del México independiente. La entrevista abordó dos o tres tópicos, de la historiografía culturalista a la importancia de la biografía.

Alfredo Ávila (AÁ): No creo que valga la pena abundar sobre la novedad de *La otra rebelión* con respecto a la historiografía tradicional (que consideraba al *pueblo* con una conciencia nacionalista o, al menos, protonacionalista que a su vez explicaría la Independencia), interpretación que la mayoría de los historiadores ya ha abandonado desde hace algún tiempo; pero me interesaría conocer tu opinión acerca de la novedad de tu obra frente a los estudios más recientes, como los de Jaime Rodríguez, Virginia Guedea o Christon Archer, quienes están también renovando nuestras interpretaciones sobre la Independencia. Tu libro puede considerarse parte de ese impulso renovador, pero es muy diferente.

Eric Van Young (EVY): Sí, pero debe señalarse que los estudiosos que has mencionado también tienen sus diferencias entre sí; por ejemplo, Archer ha abordado temas de historia militar y política, pero sobre todo está haciendo la historia social de lo militar. Por su parte, Jaime Rodríguez está más interesado en la alta política y en la reevaluación tan interesante que están haciendo, por ejemplo, Manuel Chust y todo su grupo en España. Se trata de una revaloración

* Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM.

de todo el proceso político, sobre todo centrado en la constitución gaditana, pero sin descuidar aspectos de historia social, o sea de una política baja —como dijo una vez mi querido amigo y enemigo Alan Knight, no puedes tener alta política si no tienes baja política, y al revés. Algo así está realizando Antonio Annino con el estudio de la apertura política y los patrones de votación durante la época de vigencia de la Constitución de Cádiz. Los historiadores más jóvenes, como Michael Ducey y Peter Guardino, están tratando de analizar estos procesos y también llegar a conclusiones en cuanto a la cultura política “desde abajo”, pero en algunos casos, a mi modo de pensar, no tienen los elementos —como tenemos, por ejemplo, Marta Terán y yo— de la historia de la gente común y de lo que estaban pensando. Recientemente hice una reseña crítica del libro de Peter Guardino sobre Oaxaca, en la que señalé que, si bien él se interesa en la cultura política, en ese libro hay más política que cultura. Guardino descarta la cuestión cultural. Es cierto que se trata de un libro excelente; esos capítulos sobre la política de la época independiente en Oaxaca entre aceites y vinagres, son preciosos, pero la parte débil del libro —y que es, en algún sentido, común a otras obras también— es la atención a lo cultural. Así sucede también con el estudio de Ducey sobre Veracruz y la Huasteca. Para mí es la parte débil, y no es una falta de Peter o de Michael, sino lo difícil que es acercarte a ese tipo de fuentes; por eso no quiero criticarlos, sino hacer hincapié en la dificultad de acercarnos a ese tipo de cuestiones. Entre los mexicanos también hay un grupo de colegas que está trabajando cuestiones de la política interna en la Nueva España, de cómo desembocó toda la crisis de 1808 en nuevas formas políticas. Hay historiadores, como Marta Terán, que están trabajando la historia social; como Juan Ortiz Escamilla, que ha desenterrado toda una historia política y militar de los pueblos durante la insurgencia. Entonces, la historiografía sobre la Independencia va por muchas rutas distintas y me parece que pueden destacarse dos aspectos: una revaloración de lo político, desde el punto de vista no tanto de esa historia oficial

o tradicional que ya comentaste, sino en cuanto al impulso de cambio dentro del imperio español, pero no solamente como reacción a la crisis imperial, sino tomando en cuenta los impulsos internos para hacer reformas y cómo desembocan en nuevos planteamientos de la política en las primeras décadas del siglo XIX. Por ese lado hay una nueva historia política. Del otro lado tenemos la historia social. Sí, estoy haciendo historia cultural, he hablado mucho de eso, pero creo que tiene su aspecto social, como sucede con el trabajo de Marta sobre el guadalupanismo, que es más bien historia social. Entonces tenemos, *grosso modo*, dos rutas de revisión en esta historiografía.

AA: Es cierto, tenemos estas dos rutas, una que pondera lo político y no la mera celebración heroica, y otra que se preocupa por aspectos sociales; pero incluso en esta segunda ruta tu libro es original, si lo comparamos con los trabajos de Ducey, de Guardino, o incluso con obras un poco anteriores, como la de John Tutino, *De la insurrección a la revolución*, con la que tienes muchos puntos en común, aunque también diferencias.

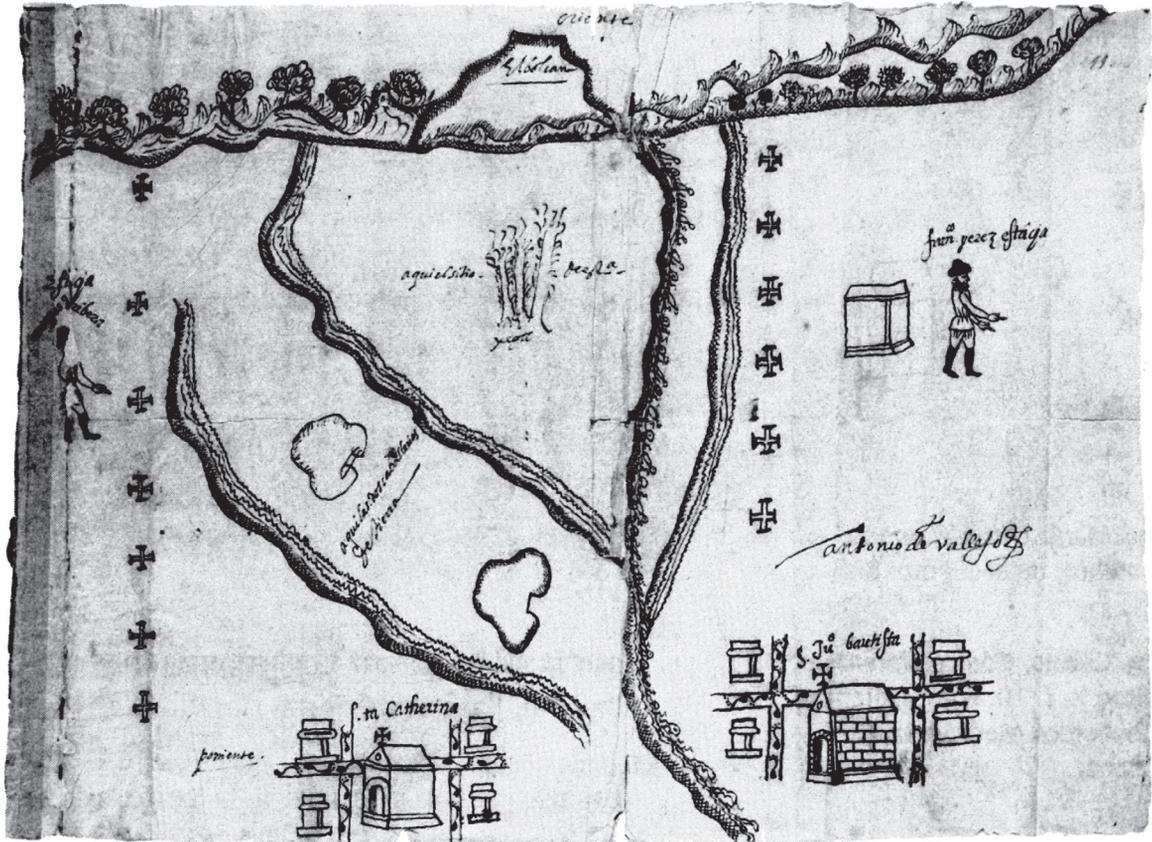
EVY: Bueno, lo distinto y tal vez lo más controvertido es precisamente esa vertiente cultural. John Tutino me comentó una vez, después de haber publicado su libro en 1986, que iba a ser el hombre de paja para todos nosotros: un blanco. Pero a mí me estimuló mucho y todavía tiene mucho valor. Es muy obvio que él descarta completamente la cuestión de la cultura, para él básicamente todo se explica por fuerzas económicas, esos grandes ciclos de compresión y descompresión, que tienen mucho valor. Desde mi punto de vista, ése es también el planteamiento de Ducey y de Guardino. Aunque ellos introducen los procesos mediadores de la política. Básicamente están hablando de cuestiones de acceso y disposición de recursos económicos, mediados por la política a nivel de los pueblos, del surgimiento de algunos cabecillas o dinastías políticas, como los Olarte estudiados por Ducey —que tienen una larga trayectoria desde la Independencia hasta la República, cuando se

introducen nuevos lenguajes, como el de la ciudadanía. En este sentido, el libro de Florencia Mallon, que no se interesa tanto en la Independencia, es un punto de referencia obligatorio en toda esta discusión. Mi contribución, aparte de los datos empíricos, es hacer hincapié en procesos culturales, como la cosmovisión política de esos pueblos campesinos, principalmente los indígenas. Me ha interesado cómo estaban entrelazadas la religión y la política, en lo que he definido como una doble hélice que casi no puede separarse de su concepción del lugar. Me interesa ese sentido tan arraigado que se compuso de elementos religiosos, étnicos y económicos. No quisiera descartar de ninguna manera los elementos económicos, pero al momento de sentarme a escribir este libro —como ya lo dije en el texto y en una larga nota de pie de página—, pensé que ya sabíamos de la cuestión económica, de la presión agraria y demográfica y todo ese tipo de cosas. Elegí entonces hacer hincapié en otros procesos, y si hay una contribución del libro, es la de abrir un poco ese aspecto en cuanto a la historia “desde abajo”, es algo novedoso y controvertido también.

AA: Tanto en el libro mismo como en otras ocasiones has señalado que las interpretaciones de *La otra rebelión* son resultado de la investigación documental; es decir, que los documentos te llevaron a ponderar los aspectos culturales, ¿puedes abundar en eso?

EVY: Sí, sí puedo entrar un poco en la cuestión autobiográfica, porque todo autor, novelista o lo que sea, tiene una relación muy particular y autobiográfica con su propia obra. En la presentación de mi libro en la Biblioteca Miguel Lerdo de Tejada, Antonio García de León, muy delicadamente (pero con poca consideración para mis propios sentimientos) apuntó correctamente que el Van Young de *La crisis del orden colonial* es una persona con otra perspectiva. Con algunas excepciones, como el ensayo del “Mesías trastornado” o el de “Islas en la tormenta”, que aparecen en ese libro, mi planteamiento es materialista, pero no marxista. Nunca he sido mar-

xista, porque no creo en la dialéctica de la historia y todo eso. Empecé con un estudio sobre Guadalajara y luego pasé a este proyecto por la presencia de la insurgencia tan importante en la cuenca chapalense. Entonces mi planteamiento original era básicamente materialista. Luego de avanzar dos, tres o cuatro años de investigación de archivo, pensé hacer tres estudios de caso, regionales, uno sobre Guadalajara, otro sobre la Huasteca y uno más sobre la región azucarera de Morelos, enfatizando cuestiones de cambio de estructuras agrarias por presión comercial, demográfica, etcétera. Pero hubo dos cosas que me pasaron a mitad del camino. Primero, me cayó encima el giro lingüístico. Esto fue un efecto de haber prolongado tanto el proceso de investigación y de redacción. Por supuesto, el giro lingüístico existió desde los años 60, pero para mí era algo novedoso. Me impuso la necesidad de ponerme a considerar cuestiones del lenguaje, de la inestabilidad del lenguaje que todos vemos en la documentación. En un expediente tenemos un careo, en el que el tipo “A” dice una cosa y el tipo “B” otra, y no es solamente que el acusado esté justificándose y el otro insistiendo, sino que en ese espacio se manifiesta la inestabilidad de la significación de las palabras. Eso era un problema epistemológico y metodológico que enfrenté en la documentación. Entonces, se presentó en mí un cambio en cuanto al ámbito teórico y conceptual, pero también hubo otra cosa: al momento de enfrentarme con la documentación no encontré mucha evidencia para apoyar mis primeros planteamientos: de que la insurgencia era básicamente una rebelión agraria a escala masiva. Sí, hubo expropiaciones de tierras y ataques contra terratenientes y todo ese tipo de cosas, pero lo que estaba viendo era un problema nomotético. Se supone que si tenemos causas uniformes, como las condiciones agrarias, debemos tener resultados uniformes también, pero lo que descubrí es que pueblos básicamente con el mismo trasfondo y las mismas condiciones económicas se dividieron precisamente por el medio: una parte se juntó bajo la bandera realista mientras otra parte se fue con los rebeldes. ¿Cómo explicar ese tipo



de cosas? Algunas veces se puede explicar por un acceso diferencial a recursos económicos y con los esfuerzos de parte del desposeído para reivindicar sus derechos, pero no aparecía así en todos los casos, no era la situación más frecuente. Por eso tuve que explicar todo ese tipo de problemas mediante el estudio del discurso o las formaciones discursivas de los rebeldes, de su actuación espacial en cuanto a esos horizontes tan restringidos y tan apretados, y todo tipo de cosas que no se prestan fácilmente a un reduccionismo económico.

AA: Sin embargo, los estudios culturales por lo general no suelen ser analíticos.

EVY: Hay varias maneras de historiar la cultura. El modelo más famoso es el de Carlo Ginzburg en *El queso y los gusanos*, que ha influido mucho en mis pasos hacia lo cultural. Pero ese método de profundizar en una vida es sólo una manera de hacer historia cultural, y no veo ninguna incompatibilidad entre la cuantificación y los estudios culturales. Pienso que, en muchas ocasiones, vamos formando nuestras opiniones en un nivel cultural a partir de modelos. Por eso no veo incompatibilidad en reconciliar un método cuantitativo con un método de estudio de caso. Yo elegí la estrategia más amplia para llegar al punto en que pudiera decir algunas cosas generales sobre esos procesos. Es cierto que en mi libro hay algunos estudios de caso, pero es bastante difícil rastrear la trayectoria de un individuo de comienzos del siglo XIX en México para profundizar en su vida. Por eso me gustó el caso de Chito Villagrán, porque encontré la documentación suficiente para estudiarlo. Algo parecido sucedió con Agustín Marroquín, un hombre que era medio bandolero y medio insurgente, pero es muy excepcional encontrar un cuerpo de documentos que nos permita hacer estudios de tipo biográfico. La mayor parte de la documentación es bastante fragmentaria, desarticulada, sobre todo la que se refiere a la gente humilde; aparecen en la documentación histórica cuando por algún motivo cruzan con la vida pública, es decir, cuando chocan con el

Estado. Eso produce la chispa que es el documento. Pude entonces haber hecho varios y pocos estudios de caso, pero los documentos no se prestaban para eso, o pude estudiar la cultura desde una perspectiva sociológica. Por supuesto que no puedo culpar a la naturaleza de la documentación de esa decisión. Se trató de una estrategia que dio como resultado la forma analítica del libro, que es como yo pienso las cosas. Las personas tienen muchas maneras de pensar, la mía siempre ha sido espacial y cuantitativa, lo que se presta a este tipo de análisis.

AA: Hay entonces, al menos, dos maneras de acercarse a la historia cultural, ambas legítimas. Recuerdo que el libro de Paul Vanderwood, *Del púlpito a la trinchera. El levantamiento religioso de Tomóchic*, llega a unas conclusiones muy similares a las tuyas en *La otra rebelión*, particularmente sobre la importancia de la religión en la política, pero con una metodología completamente diferente. Él hace un estudio de caso...

EVY: Y debo apuntar que Paul es mi mejor amigo, y que en los últimos veinte años hemos discutido estas cuestiones y la forma más propia para presentar la historia cultural. Él va más por la ruta narrativa y yo más por la analítica. En este momento, cuando estoy pensando en la manera de biografiar a Lucas Alamán, Paul está tratando de convencerme de ponerme en el lugar de Alamán e imaginar el mundo como él lo vio.

AA: Sobre Alamán quiero que platiques un poco después. De momento quiero llevar esta charla sobre otro tema. Eric Van Young es uno de los historiadores anglófonos —como tú mismo los has definido— que mantiene un diálogo constante con sus colegas mexicanos. Sin embargo, al leer *La otra rebelión* y otros trabajos tuyos, como tu colaboración en el libro de Melinda Zook y Michael Morrison, *Revolutionary Currents*, pienso que también estás dialogando con académicos que no hacen historia de México ni están particularmente interesados en Améri-

ca Latina, sino que tienen aspiraciones más teóricas sobre temas como las revoluciones, los movimientos sociales, los procesos de descolonización, etcétera. ¿Cuál crees que es tu aportación para esa discusión que va más allá de la historia de México?

EVY: Hay dos aspectos que intervienen aquí. Uno es otra vez autobiográfico: es verdad que profesionalmente estoy dentro de un grupo de estudiosos sobre México, tanto mexicanos como norteamericanos, pero también quise tener una lectura más amplia, francamente por ambición intelectual. El otro aspecto es que como historiador que estudia México, considero que la época de la Independencia es muy importante para la comprensión de la historia mundial; pero cuando leemos a los grandes teóricos de los procesos de cambio político, de la violencia política a gran escala —estoy pensando en Benedict Anderson, Barrington Moore o Theda Skocpol— parece que están imponiendo sus modelos a todos los países. Están distorsionando la historia atlántica. Esos modelos de revolución social, desde mi punto de vista, tienen en su formación el concepto de lucha de clases, que sí se presentó en América Latina, pero que ignora la heterogeneidad de estas sociedades. Así que quise, con un compromiso con la historia de México, y también con mis colegas mexicanos, reivindicar ese olvido de lo que estaba pasando aquí.

AA: No se puede hacer historia de las revoluciones atlánticas sin tomar en cuenta las revoluciones hispanoamericanas y sus peculiares características. Creo que dejas muy claro eso. Por último, Eric, quiero que nos hables un poco de tu más reciente investigación acerca de Lucas Alamán, el más importante historiador de la Independencia en el siglo XIX. ¿Cómo llegaste a él?

EVY: Por supuesto, hay una atracción a nivel personal para reivindicar una figura casi proscribida del panteón de grandes figuras y estadistas, pero me había interesado en Alamán desde hace años. Tropecé con él mucho antes de haber empezado este proyecto. No lo había leído a

profundidad, pero me pareció, y todavía me parece, una figura de transición entre el antiguo régimen y la modernidad. Obviamente había leído a Alamán para sacar datos para *La otra rebelión*, eso reforzó el interés que ya tenía en él. Por supuesto, también revisé a Carlos María de Bustamante, a Lorenzo de Zavala y a otros historiadores para minarlos, para excavar datos. Ya antes había comentado a varios colegas que desde hace años tenía la intención de hacer una historia de la psiquiatría en México, pero al momento de sentarme a hacer la investigación en el archivo de “La Castañeda”, me di cuenta de que no tenía una idea clara de lo que estaba haciendo. ¿Cómo conservar ese interés, esa obsesión de conocer el pensamiento, de entrar en la cabeza de una persona, que es lo que he tratado de hacer en *La otra rebelión*? La ruta que se me presentó era la de la biografía, con lo que también cambiaría un poco de método. Pasaría de lo analítico a lo más narrativo. Una vida se presenta con más posibilidades para la narración. Así que si la primera vez leí la *Historia de México* de Alamán con fines instrumentalistas, para extraer datos, ahora la estoy releendo para comprender su filosofía de la historia, sus posturas políticas, sus ideas en cuanto al curso de su país. Bueno, todavía estoy a mitad de ese camino, sobre todo en la lectura de la *Historia de México*. Me he metido también en sus papeles de estado, sus cartas y otros documentos, y voy formando una concepción borrosa de su personalidad y su manera de pensar. Juan Manuel Herrera me hizo una pregunta muy interesante: ¿qué hubiera pensado Lucas Alamán si hubiera leído *La otra rebelión*? Es una pregunta interesante, porque Alamán y yo tenemos algo en común: no creemos que el pueblo se hubiera levantado en armas a favor de la Independencia y de los planes de los criollos. Por supuesto, yo no creo, como pensaba Alamán, que una característica innata de los indios fuera el salvajismo. Él pensaba así, pero en cuanto al entendimiento de buena parte de la rebelión y de su dinámica tenemos mucho en común, aunque hemos llegado a explicarla de una manera bastante distinta.

AA: En efecto, una biografía se presta más para un método narrativo que para uno analítico. ¿Quiere decir que, tal vez, Paul Vanderwood te está convenciendo?

EVY: Paul no tiene la tentación para entrar en cuestiones intrapsíquicas que yo tengo, tal vez por la influencia de mi esposa, que es psicoterapeuta. Una vez yo había empezado sobre esa línea con un estudio sobre el mesías trastornado de Durango. Ella me estaba dando consejos acerca de cómo entender a ese tipo y sus actividades; pero cuando le presenté el ensayo elaborado, me dijo que no tenía muchas bases para afirmar lo que ahí decía. A través del tiempo he desarrollado casi una obsesión por reducir la brecha subjetiva entre los seres humanos. Es uno de los problemas filosóficos más importantes: somos, en algún sentido, seres aislados, cada quien en su propio mundo, en su propio pensamiento, en su propio cuerpo. Por eso me esfuerzo más y más en la interiorización de la historia, es una obsesión personal. En el caso de Alamán pretendo hacer más que una biografía. Alamán no es un caso representativo, tiene una gran importancia como historiador, estadista, empresario, político. Su vida y su pensamiento abarcan toda una época clave en la historia de México, pero también tiene paralelismos muy interesantes y sugerentes con la historia de Estados Unidos.

AA: Una biografía de Lucas Alamán es también una historia de México en la primera mitad del siglo XIX.

EVY: Sí, efectivamente. Él tenía mucha importancia. Estoy revisando su primer ministerio, cuando hubo todos esos brotes federalistas. Alamán estaba en su ministerio tratando de estorbar ese proceso, que él vio como de dismantelamiento del país. Es sumamente interesante ver su correspondencia con todos los jefes políticos, no solamente por su actuación personal, sino por su importancia como blanco de muchos vectores, de muchas fuerzas centradas en su persona, así como en otras figuras políticas. Desde ese punto de vista no es tan excepcional. No es precisamente que sea representativo, pero su vida muestra el *interplay* de todas esas fuerzas políticas, sociales y culturales. Por eso es importante la biografía. Ya hay trabajos muy importantes sobre Alamán, ya tenemos la excelente biografía de José Valadés, que se publicó en 1938; es una obra excelente que todavía tiene mucho valor. Lo que yo pienso hacer es más bien un estudio de la cultura política de esa época, al mismo tiempo que la biografía de una persona de importancia trascendental.

AA: Muchas gracias por esta entrevista.



